

5- MUSULMANES

La otra Europa. Sus huellas. Su presente.

La herencia de Roma

Nuestro vigente sistema educativo define que no sólo se han de aprender conocimientos referidos a hechos y conceptos históricos, sino también actitudes, como el rigor científico o la explicación multicausal, que permite adquirir aquellos. Cuando repasamos el currículo oficial de Historia en Secundaria, la Ley Orgánica General del Sistema Educativo, actualmente en vigor, distingue de manera esencial el estudio del pasado romano frente al pasado árabe y musulmán. Con respecto al primero, insiste en que debemos conocer la antigüedad clásica, pues es el origen de nuestra cultura, mientras que en el segundo, es decir, después de conocer el pasado musulmán, la actitud que conviene fomentar es la tolerancia frente a culturas diferentes de la nuestra. Llama la atención tanto la incuestionada filiación romana como la actitud de tolerancia que se preconiza, y que quiere decir, poco más o menos, que nosotros somos como somos, y que no estamos dispuestos a cambiar lo más mínimo, si bien respetamos al otro. Enseguida, surgen sospechas que conducen a pensar, por un lado, que tal vez no seamos tan romanos ni tan diferentes del Islam, y por otro que existen situaciones interculturales, de intenso cambio mutuo, que parecería que se quieren evitar u olvidar.

Lo cierto es que, hoy por hoy, el mundo árabe y turco, o lo que es lo mismo, el mundo musulmán del norte de África y del oriente próximo, se parece más a Roma de lo que en un principio creeríamos. Son herederos de la forma de vivir romana: siguen utilizando baños públicos (termas), visten con túnicas los que no han sido influidos por occidente, comen con las manos (con la mano derecha), como lo hacían los romanos, viven en el suelo o reclinados, su modelo familiar no es muy diferente, etc.

Si lo pensamos bien, nosotros no nos parecemos tanto a los romanos como pretendemos. Las películas de Hollywood nos han acostumbrado a romanos americanizados, cuando no catolizados o judaizados, siempre chapados a la contemporánea. No suelen tener lugar en nuestra imagen distorsionada su patriarcado visceral, en la que la mujer estaba sometida a tutela toda su vida, primero del padre, luego del esposo (salvo algunas viudas), ni sus prácticas homosexuales, comunes entre las tropas de todos los tiempos y en particularmente en sociedades donde los hombres conviven mucho entre ellos o los géneros están muy separados, por muy reprimidas y denostadas que éstas prácticas se encuentren.

Las invasiones germánicas desdibujaron muchos de estos rasgos latinos en Europa, particularmente en su parte más occidental. Se inventó la silla, se huyó del húmedo y frío suelo, aunque algunas tradiciones romanas continuaron, como el sistema de calefacción llamado “gloria” en Castilla. Se empezaron a utilizar aparatosos cuchillos y otros cubiertos

en la mesa, ya que los alimentos no venían preparados de la cocina. Se perdió el gusto por los libros y la cultura elevada, de raigambre griega, que quedó encerrada en unos pocos monasterios, pues la Iglesia sí continuó, hasta cierto punto, el espíritu romano, como ya indicamos en la clase anterior. Se perdieron las sofisticadas técnicas de regadío, el lujo sensual romano en los palacios, el refinamiento de la decoración.

En cambio, el mundo árabe asimiló muchos de los avances civilizadores romanos y pudo continuar la tradición griega de la que Europa se vio privada. Al menos hasta el siglo XV, antes de que la obsesión por la Antigüedad clásica invadiera la Italia renacentista, los verdaderos herederos de la cultura greco-latina, fueron los árabes.

Una explosión inesperada y expansiva

Como sucede con los acontecimientos históricos más importantes, nadie, a comienzos del siglo VII, esperaba que el peligro para Europa provendría desde la península de Arabia. El Imperio Bizantino tenía prevenciones contra los búlgaros, contra los germanos del norte, contra los partos y otros pueblos del este. Pero tenían la frontera con Arabia completamente desprotegida, y no se tomaron en consideración los avisos amenazadores que de allí provenían.

Mahoma consiguió aunar las sensibilidades de pueblos comerciantes caravaneros, como los que dominaban La Meca, con beduinos del desierto, de gente influida por el judaísmo o cristianismo, con los que aún profesaban ritos paganos, de clases bajas hasta la miseria con refinados habitantes de ciudades y palacios.

Tal vez esto explique hoy las enormes diferencias entre todas las formas posibles de entender el Islam: la del científico habitante de Londres, que a su hora toma su brújula y realiza sus oraciones en Hyde Park, la del iconoclasta afgano, o la del hombre de negocios malayo o turco, la del habitante de un poblado guineano, muy lejos del reduccionismo al que nos tiene acostumbrados la desinformación actual, que mezcla, pensemos que ingenuamente, costumbres arcaicas poco extendidas como la ablación del clítoris o el apedreamiento con la idea religiosa.

Tras la unificación de Arabia por parte de Mahoma, los musulmanes conquistaron una buena parte del Imperio Bizantino, y establecieron su capital en Damasco, liderados por la familia Omeya, heredera de la máxima autoridad religiosa y política, el califato. Durante el período Omeya, el mundo islámico se extendió, mediante la guerra santa, desde la península ibérica hasta la India, y alcanzó un enorme poder que muy pronto generó una guerra civil, entre los creyentes viejos y los recién convertidos. Estos últimos, capitaneados por Abul Abbás, terminaron tendiendo una trampa a toda la familia Omeya, que tras un banquete de presunta reconciliación en el año 750 fueron exterminados (salvo Abd al-Rahman, futuro emir independiente de al-Ándalus). El Islam comenzaba su paulatina división y debilidad, a pesar del esplendor del califato abbasí de Bagdad, fatimí en el norte de África u Omeya en Córdoba. Consiguió una mundialización enriquecedora económica y culturalmente, y construyó un puente que logró comunicar oriente y occidente.

Bagdad fue arrasada por los mongoles en el siglo XIII, pero el Islam se extendió, ya que muchos de ellos se convirtieron y fundaron sultanatos en la India con un marcado carácter musulmán. Mientras en occidente el mundo islámico retrocedía ante el avance de los reinos cristianos peninsulares, en oriente, los turcos (selyúcidas y otomanos), que habían abrazado también el Islam, se extendían desde sus puntos originarios en las estepas de Asia, hasta conquistar todo el próximo oriente y formar enormes imperios que han tenido una larga permanencia en la historia. El punto culminante fue la conquista de Constantinopla en 1453, a partir del cual el Imperio otomano se extendería hasta las puertas de Viena.

La Edad ¿Media?

La expresión “edad media” no es tan inocente como a primera vista pudiera parecernos. Edad Media evoca un período intermedio, de tránsito entre dos épocas de esplendor. Esto es válido, tal vez, para Europa, si consideramos que la Roma imperial y el Renacimiento del siglo XV y XVI fueron momentos de apogeo. Pero en cuanto salimos de Europa, decir “Edad Media” no tiene sentido y se revelan los prejuicios del concepto. Ni para China, ni para Mongolia, ni para Bizancio, ni para Hungría, ni para el Islam, ni para el mundo judío, ni en América se produjo el mismo fenómeno de decadencia cultural y económica que se vivió en Europa occidental.

Al contrario, para el Islam, los siglos que *median* entre la Hégira (en el 622 de la era cristiana) y la conquista de Constantinopla, marcan una de sus épocas más gloriosas. En un momento como el año 1000, en que París tenía unos 10.000 habitantes, Bagdad superaba el millón y Córdoba se acercaba a esta cifra. Carlomagno fue analfabeto la mayor parte de su vida, aunque aprendió a leer con dificultades al final de ella. Unos siglos después, la biblioteca de Carlos el Sabio, rey de Francia a mediados del siglo XIV, disponía de 900 libros, mientras la de Córdoba tenía 500.000, la de El Cairo 1.600.000 y en Bagdad había unas cien bibliotecas públicas, la mayor de las cuales tenía un millón de volúmenes.

Teniendo en cuenta esta diferencia de nivel cultural entre el occidente europeo y el mundo islámico, no es extraño que Europa se dejara influir por los logros comerciales, tecnológicos y culturales que venían de la otra orilla del Mediterráneo. La Edad Media presenció, no sólo el desembarco de esta influencia, sino que estos siglos fueron decisivos para la definición de la propia Europa, hasta el punto que las tradiciones, los elementos nacionales y las lenguas europeas se fraguaron por entonces.

Pues bien, en ese período que hemos considerado oscuro, pero que todos reconocemos esencial en la formación de la identidad europea, la influencia de lo semítico (lo judío y lo árabe) fue un elemento fundamental. A través de al-Ándalus, toda la riqueza cultural de oriente circuló hacia Europa en los siglos centrales del medievo. La filosofía griega, conservada y comentada por los filósofos árabes, llegó a occidente cuando ya se habían perdido los estímulos directos del pasado romano, cuando se habían desvanecido los ecos de los edificios imperiales en ruinas. Incluso cuando los monjes habían perdido la facultad de leer de corrido. Al parecer, ni siquiera los amanuenses entendían los textos que copiaban, y debían leerlos en voz bastante alta (fenómeno que puede apreciarse hoy día sólo entre los niños) para alcanzar una mediocre comprensión.

Distinguimos varias fases en la llegada de la filosofía griega a Europa y particularmente de los escritos de Aristóteles: una primera etapa está caracterizada por las traducciones más literales pero con tintes neoplatónicos de Avicena, y una segunda, más racional, por las interpretaciones libres de Averroes (aunque se presenta como simple comentarista) y Maimónides, que junto con Averroes presenta de una manera más racionalista las ideas del sabio griego. Incluimos a un judío como Maimónides en esta transmisión cultural en representación de otros muchos que sirvieron de puente entre los logros de la cultura islámica y la Europa medieval que evolucionará de la mano de estas ideas hacia el renacimiento, hasta el punto que podemos hablar de un aporte semítico, no sólo musulmán, a la cultura europea del momento. La reivindicación de un origen griego, romano y cristiano de Europa, pasa por el aporte que hicieron los árabes y judíos en la recuperación de su legado cultural. Y no sólo en lo referente a la filosofía. La poesía árabe, y particularmente la sensibilidad del mundo sufi, fue el origen de la poesía en lengua romance en la península ibérica (jarchas y zéjeles), enriqueció la lírica provenzal e inspiró el *dolce stil nouvo* de los florentinos bajomedievales. El violín y otros instrumentos de cuerda frotada, por más occidentales que parezcan, son usuales en oriente y lo eran también cuando fueron traídos por los musulmanes a Europa, donde simplemente se pulsaban las cuerdas de estos instrumentos. Las matemáticas, con la transmisión del cero y el álgebra, la astronomía aplicada con el astrolabio, la óptica, la tecnología en general que superó el estancamiento de los últimos siglos del Imperio romano, las obras públicas, los sistemas de regadío, la medicina en la que destacaron los judíos, el papel, la cerámica, la metalurgia, la orfebrería y la ornamentación, todos los avances pasaron por Córdoba y más tarde por Toledo y su escuela de traductores, antes de viajar al resto de Europa, a sus monasterios y a sus cortes. Casi todo, podríamos decir, estaba en oriente antes de que se lo adueñaran las ciudades italianas del Renacimiento.

Pero la perspectiva cultural no ha sido la que se ha impuesto en el análisis histórico, sino el punto de vista político y militar. Y así, nos hemos preguntado, ¿por qué los árabes, si eran tan superiores, no conquistaron Europa, como lo había hecho Roma? Varias teorías intentan dar explicación al fenómeno. En primer término hay una serie de batallas, todas rodeadas de una aureola mítica en las que se frenó el avance árabe: Covadonga, Poitiers, Clavijo... Una investigación científica se encontraría con enormes escollos para averiguar los datos reales de lo sucedido. Tras estos acontecimientos seguramente encontraríamos mucho de inventado en los siglos siguientes, justificativos de los inicios de la reconquista en España o del futuro imperio carolingio. En segundo lugar, es más creíble que el botín de guerra como factor de expansión frenó el avance del Islam hacia el norte, tanto en la península ibérica como en Europa, pues las tierras por conquistar no merecían el esfuerzo bélico que se iba a destinar en comparación con la recompensa en forma de botín que podía obtenerse. A largo plazo esto fue desastroso para la presencia islámica en Europa, y en este aspecto los romanos mostraron su superioridad estratégica a largo plazo. Por último, una explicación simple, pero evidente, cobra fuerza y comienza a imponerse sobre otras suposiciones y cábalas de estudiosos de archivo. Es el factor climático. Los árabes no conquistaron tierras ni en las montañas cantabro-pirenaicas ni al norte de los Pirineos porque el frío y la humedad no eran muy propicios al modelo de vida cotidiana al que estaban acostumbrados, y lo mismo pudo sucederles a los turcos en sus periódicas incursiones primaverales y veraniegas de Hungría y otras zonas de la Europa central durante la Edad Moderna.

A la larga, la debilidad de sus posiciones en el norte pondría en entredicho el establecimiento islámico a largo plazo en Europa. Un primer aviso de esta debilidad fueron las cruzadas, de las que los cristianos, pese a ser vencidos en última instancia, obtuvieron de este trasiego e intercambio, mucha información y mucha fuerza evolutiva, que dio paso al posterior renacimiento comercial y urbano bajomedieval, que hoy no duda que tuvo mucho que ver con este contacto con oriente, comenzando por Venecia y otras ciudades italianas. Pero no fue sólo la presión cristiana la que acabó con el predominio musulmán en el sur de Europa y sumió al Islam en una decadencia de la que todavía no se ha recuperado. Tampoco creemos que fuera Gengis Khan y Tamerlán los protagonistas de esta decadencia, a pesar de sus mortíferas incursiones en el corazón del califato Abbasí. El mal estaba dentro y todavía hoy el mundo islámico vive lastrado por estos problemas de fondo que en seguida pasaremos a analizar.

Mahoma versus Carlomagno.

La unidad del mundo Mediterráneo no se rompió con la caída del Imperio romano en occidente. Según el historiador belga Henri Pirenne, esta ruptura vino como consecuencia del avance del Islam, que dividió un mar que hasta ese momento había sido más un vehículo de comunicación y de contactos que una frontera. Europa entró en una decadencia vertiginosa, ciertamente, por lo que podríamos considerar al Islam un agente de dicha decadencia. Las tesis de Pirenne han sido muy contestadas, pero no por ello siguen volviendo a ocupar a los historiadores: bajo esta visión aparecería un mundo musulmán amenazador que pone en peligro la identidad y la prosperidad europeas, idea recurrente a lo largo de la historia de Europa.

Pero si lo vemos desde otra perspectiva, el Islam propuso, en sus primeras etapas, un modelo de sociedad mucho más abierto y tolerante que el que en ese momento existía en el sur del Mediterráneo. Ciertamente tenían que pagar impuestos, pero no se persiguió a los cristianos (al menos hasta que éstos no provocaron revueltas políticas) y se les permitió practicar su religión, como a otras “gentes del Libro”. Se trataba de una sociedad urbana y comercial, mucho más dinámica que el feudalismo intransigente de la nobleza germánica europea. Incluso las trepidantes conquistas del período Omeya hay que atribuir las más a una conversión en masa de la población, empezando por los propios estamentos dirigentes de la sociedad, que a un verdadero sometimiento por las armas. La España islámica pudo ser un buen ejemplo de ello: apenas hay restos de batallas salvo en textos muy posteriores de uno u otro lado, que seguramente glorificaron esa presunta actividad militar para justificar la llamada reconquista o la resistencia islámica frente a los ejércitos cristianos. ¿Acaso los arqueólogos e historiadores del futuro tendrían que pensar que España ha sido invadida militarmente por los estadounidenses porque los jóvenes usan más zapatillas de deporte, mascan chiche o hablan más inglés? Algo así pudo suceder en muchas regiones de la península ibérica durante la dominación visigoda. La guerra civil que sufría el Estado visigodo explicaría la facilidad con la que uno de los bandos pudo “pasarse al enemigo” que dejó de serlo. Muchos aristócratas y príncipes seguramente se convirtieron, cambiaron su nombre incluso, como lo hizo Tudmir (antes Teodomiro) en Murcia, y detrás de ellos todos sus súbditos.

Lo que no puede negarse es el poder contagioso del Islam en aquellos tiempos, especialmente entre clases altas. Los cristianos preeminentes adaptaban sus costumbres a

las nuevas modas y al final aceptaban un credo que les permitía llevar un género de vida más civilizado, aunque la propaganda eclesiástica insistía en que era sólo la poligamia la causa de estas conversiones. La socialización vertical, es decir, la tendencia a imitar a la clase inmediatamente superior, hizo el resto, y en muy poco tiempo España era profundamente islámica. Aunque la religión cristiana terminó imponiéndose a la larga, muchas costumbres árabes permanecieron.

La imagen que nos hacemos comúnmente de las cruzadas, que tuvieron lugar a partir del siglo XI y que tuvieron por finalidad reconquistar los lugares sagrados de Palestina, en manos de los musulmanes, es fruto de un falseamiento histórico. En efecto, el frente cristiano, aparentemente unido contra el infiel, estaba minado por numerosas herejías, por disensiones sociales y políticas que se vieron eliminadas al inventarse el enemigo exterior, y ¡qué más claro enemigo que el Islam y todo lo semítico! Los templarios, los albigenses, los husitas, los fraticelli, los cismas oriental y occidental, la corte del papa Luna y de Avignon, los jóvenes monjes goliardos, libertinos y vagabundos, muestran una cristiandad que comenzaba a sacudirse el férreo dominio de la alianza feudoeclesial. Las cruzadas volvieron a reforzar este mecanismo hegemónico y contribuyeron a anular las disensiones internas a corto plazo, aunque las reavivaban al menor fracaso. Curiosamente lo mismo sucedía en el mundo islámico, donde también los sultanes y califas contaban con importantes enemigos internos, como la secta musulmana llamada de los asesinos, cuyo principal medio de acción fue eliminar personajes reales (secta que tenía enormes paralelismos con los templarios), los chiíes y jarichíes. Las cruzadas fueron un fracaso desde el punto de vista bélico, pero sirvieron para que Europa descubriese de nuevo oriente, sus formas de vida menos cerradas, sus enormes conocimientos. Fueron una verdadera escuela de civilización para los europeos, lo que contribuyó al renacimiento bajomedieval, antesala de la gran expansión europea en la Edad Moderna.

No pretendo mitificar al-Ándalus ni el mundo de *Las mil y una noches*. Sin negar sus logros, incluso en la Córdoba califal o en el Bagdad más esplendoroso sucedían cosas que el observador contemporáneo no podría contemplar sin repulsión. Aunque no era peor que la servidumbre del incipiente feudalismo, la esclavitud se intensificó en todo el mundo islámico medieval. La castración de estos esclavos era práctica frecuente cuando tenían que servir en los harenes de los palacios, hasta el punto que algunas ciudades como Lucena se especializaron en esta odiosa actividad. El despotismo de algunos califas sólo fue comparable al de alguno de sus lugartenientes, y la pobreza asoló a menudo a populosos arrabales de la lujosa Córdoba, provocando violentas revueltas.

El despotismo hacia el que tendió el mundo islámico, ya en los tiempos del mítico califa Harum al-Raschid, o del cordobés Abd al-Rahman, exagerado en la época de los *maharajás* de la India o de los sultanes turcos, envileció a unas sociedades con una enorme energía y creatividad. El poder omnímodo termina corrompiendo a sus detentadores y envileciendo al resto de la sociedad, incapaz de moverse sin el beneplácito de los poderosos, y sólo en la dirección que éstos desean. El absolutismo siguió ganando la partida en el mundo islámico hasta la actualidad. Hoy muchos Estados árabes, de una enorme riqueza por sus materias primas y su petróleo, pisotean los derechos individuales ser humano, impiden la evolución social, particularmente de las mujeres, y sufren que todo el poder, político, económico e ideológico, lo tenga una sola familia, con sus clientes menos escrupulosos, al servicio de imperialismos capitalistas aun menos defendibles. No

saldrán estas sociedades de la decadencia que comenzó precisamente a consecuencia del despotismo del que alguna vez alardearon. Cuando Europa abandonó el modelo absolutista y abrió una oportunidad a la democracia, había dado el principal paso para superar sus viejos males. No parece existir otro camino, para occidente y para oriente, que insistir en la radical igualdad de los seres humanos y llevar a término este principio en consecuencias políticas.

El siglo XXI, comienzo de una nueva Edad Media

Mientras el despotismo, el lujo extravagante de los poderosos y la corrupción deshace los Estados árabes, el mensaje de solidaridad del Islam va calando en las capas más bajas de los países más pobres del mundo: en la India, barrios enteros de parias se hacen musulmanes. África negra asiste al espectacular crecimiento de la fe mahometana. En los países árabes y turcos ascienden los grupos políticos que tienen al Islam por bandera, prometiendo una mayor justicia social y una remoralización de las costumbres que contribuya a paliar los efectos de la crisis económica que los atenaza. En occidente, la mano de obra barata inmigrante en ascenso se aferra a su religión, a pesar (y tal vez a causa) de las dificultades.

Al igual que el falseamiento que tuvo lugar en la época de las cruzadas, fuerzas poderosas se encargan de enfrentarnos más a los europeos contra los musulmanes, como si el Islam no fuera, por la historia y por la demografía, parte ya de Europa. Lo mismo está sucediendo en el mundo islámico en sentido contrario. El discurso de la interculturalidad, única esperanza de salir del atolladero en que se encuentran nuestras relaciones, se está apagando y resuenan sin cesar los tambores de guerra. La religión se convierte, una vez más, en arma arrojada entre unos pueblos y otros.

Cuando apenas habíamos empezado a conocernos, los *mass media* y los *ayatollah* explotan concienzudamente nuestras diferencias para enfrentarnos y para profundizar el temor mutuo. Uno de los temas más frecuentes es el de la situación de la mujer, tema polémico por antonomasia, entre un pueblo y otro. Para poder tener un criterio bien formado al respecto habría que preguntar a las mujeres islámicas y conocer su opinión, manejar estadísticas de malos tratos y otros males derivados de las malas relaciones de género dentro de las dos sociedades y otros datos objetivos, antes de caer en una autocomplacencia, bastante habitual por desgracia, que poco nos enseña de su cultura y poco permite evolucionar a la nuestra propia.

Asistimos a una nueva conquista islámica de Europa, si no del mundo, ya que se trata de la religión que más está creciendo en los últimos tiempos. Aunque desde su llegada el Islam no ha dejado de estar presente en Europa, y en algunas zonas de los Balcanes sigue siendo la religión mayoritaria, su presencia en la España medieval fue muy activa, insistimos, en la creación de un verdadero puente cultural entre el mundo europeo y el semita. Hoy, España ha perdido protagonismo con respecto a Francia, Holanda, el Reino Unido y otros países de la Unión Europea, más abiertos y con más tradición de acogida. No obstante, el Estado español está llamado, por lógica geográfica, a servir de nexo una vez más, pero aún no ha afrontado los retos ineludibles para que la convivencia pacífica se base en sólidos principios, como una adecuada legislación y la reforma de su propia aconfesionalidad. Mientras el laicismo no sea un hecho en nuestra educación, en nuestra

política, en el mundo de la cultura, estará sembrado el terreno para la cerrazón y el enfrentamiento. Europa será laica o no será, pues sólo desde la separación de la Iglesia y el Estado puede lucharse contra los fanatismos de todo tipo y sus nefastas consecuencias. La inseguridad que amenaza a occidente con sumirle en una nueva Edad Media, sólo podrá combatirse con justicia social, con respeto a todas las culturas, de las que siempre tendremos la oportunidad de aprender algo bueno, y con la exigencia a todos los pueblos en contacto de que respeten escrupulosamente los derechos de todos y el espíritu de las leyes de la democracia que seguimos construyendo y a la que no podemos renunciar.

BIBLIOGRAFÍA Y DIRECCIONES DE INTERNET

Djaït, Hichem (1990): *Europa y el Islam*. Madrid, Ed. Libertarias

Ganshof, F.L., Myers, A.R. y Borst, A. (1985): *El Islam. El nacimiento de Europa-2*. Madrid, Espasa-Calpe.

Greus, Jesús (1991): *Así vivían en al-Andalus*. Madrid, Anaya.

Irving, Washington (1992): *Cuentos de la Alambra*. México, Porrúa.

Lacomba, Joan (2000): *Emergencia del islamismo en el Magreb. Las raíces sociopolíticas de los movimientos islamistas*. Madrid, La Catarata.

Lomba Fuentes, Joaquín (1997): *La raíz semítica de lo europeo*. Madrid, Akal.

Mernissi, Fatima (1999): *El harén político. El profeta y las mujeres*. Madrid, Ed. del Oriente y del Mediterráneo.

Pirenne, Henri (1997): *Mahoma y Carlomagno*. Madrid, Alianza Universidad.

Rui Rui, Manuel (1989): *Manual de Historia de España. 2- Edad Media (711-1500)*. Madrid, Espasa - Calpe.

Vernet, Juan (1999): *Lo que Europa debe al Islam de España*. Barcelona, El Acantilado.

Watt, Montgomery (1978): *La España islámica*. Madrid, Alianza.

<http://www.familia.cl/Subseccion25.htm>

<http://www.naveviva.com/historia/epocas/epocas-centro.htm>

http://members.fortunecity.es/robertexto/archivo/mujer_islam.htm

http://rwor.org/a/v20/970-79/970/ba_s.htm

TEXTOS

Aportaciones técnicas musulmanas a Europa

“Hasta el final de la Edad Media, las aportaciones científicas y tecnológicas más importantes que ponen musulmanes y judíos en Europa son innumerables. Baste la simple enumeración de algunas de ellas, a manera de muestra, sobre algunas de las cuales volveremos más adelante: las cifras indias o árabes que tienen valor posicional; las cifras modernas utilizadas en toda Europa con la formas actuales que vienen (incluido el cero), con su base diez, de la India, pero que llegan a España a través de los árabes; la elaboración y uso del papel, fabricado por los chinos en el 757 y que pasó a Bagdad, Túnez y luego a Sicilia y España (la primera fábrica de papel que se construye en Europa es en al-Ándalus, en Xátiva, a comienzos del siglo XI); los molinos de viento; la conservación de alimentos y bebidas con nieve; los múltiples sistemas de riego, la captación de aguas subálveas (un caso muy claro es el de Madrid, con una conducción de aguas totalmente árabe); un sinfín de aparatos e ingenios para la industria textil, la molienda, la tintorería y otras industrias; la vela latina; el timón de codaste y una serie de inventos que aparecieron por primera vez en Europa y que hoy son tenidos por habituales, como el uso de la calefacción, del agua corriente fría y caliente en las casas, etc.”

Joaquín Lomba: *La raíz semítica de lo europeo*

Descontento de los cristianos mozárabes de Córdoba

“¿No es verdad que todos los jóvenes cristianos, agradables de aspecto, hábiles en expresarse, distinguidos en el porte exterior y en los ademanes, eximios en la erudición gentilicia y brillantes en la elocuencia arábica, se afanan por manejar los volúmenes caldeos, los leen con avidez, los exponen con fervor, y, apoderándose de ellos con extrema diligencia, los divulgan elogiándolos en todos los tonos, mientras que ignoran la belleza de las letras eclesiásticas y menosprecian como vil escoria los ríos de la iglesia que manan del paraíso? ¡Oh, dolor! Ignoran su lengua los cristianos, los latinos no atienden a su propia lengua, hasta tal punto que en cualquier centro apenas se hallará uno entre mil que pueda dirigir a su hermano una carta de salutación razonablemente escrita. Y en cambio no se puede contar la turba de los que explican con erudición las pompas literarias caldeas, hasta el punto de componer versos arábicos más pulidos que los de nuestros opresores, y adornando con más primor que ellos las cláusulas postreras, ligadas todas a idéntica consonante...”

Álvaro, mozárabe de Córdoba, siglo IX.